

Mario Herrero Monreal

**EL
DUENDE
DISTRÁIDO**

*“Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo”.*

Miguel de Cervantes

*“La paradoja curiosa es que cuando me acepto tal y como soy,
entonces es cuando puedo cambiar”.*

Carl Rogers

I

Álvaro

Por aquella época yo estaba enamorado hasta las trancas de una compañera de trabajo, y supongo que es así como comienza esta historia.

Se llamaba Manuela Piñero y era mexicana, aunque llevaba en Sevilla desde los cinco años. En esos tiempos ella tenía treinta y cuatro y yo veintiséis, si no recuerdo mal. Esa puede ser una diferencia de edad muy grande, aunque no lo parezca a simple vista. Cuanto menor es nuestra edad, mayor resulta la diferencia. Es así por simple proporción numérica. La diferencia entre un niño de diez años y uno de cinco es amplísima. Entre un señor de sesenta y ocho y uno de sesenta y tres, no. Entre los veintiséis y los treinta y cuatro había bastante diferencia, según esta regla. Aunque no tanta como para impedirme fantasear con ella día tras día.

Era bailaora, y era una bailaora terriblemente buena. De niña, al poco de llegar a España, sus padres la apuntaron a una academia de baile y dejó a todo el mundo impresionado. Igual es así, en realidad, como comienza esta historia; con Manuela bailando flamenco en su primer día de clase. Normalmente las niñas y las chicas jóvenes que empiezan a bailar en academias y conservatorios de danza lo que

hacen es aprenderse los pasos que les enseñan sus profesores, pasos básicos para marcar el ritmo, marcar con las manos, con los brazos, etcétera. Poco a poco van añadiendo movimientos y realizan coreografías sencillas, y después coreografías más complejas, pero en todo caso coreografías que se aprenden de memoria. Con el paso de los años, van elaborando sus propios pasos y secuencias de movimientos, o cogiéndolos de sus bailaoras favoritas, o inventándolos, o mezclando unos con otros, para tener una personalidad definida bailando, y poder combinar estos pasos cada vez de una forma diferente con el objetivo de formar bailes más improvisados, subirse a un escenario a bailar sin tener preparado nada y a lo que surja según el ritmo al que haya que hacerlo. Antes esto se aprendía en las casas, en las fiestas, con las familias gitanas y andaluzas, en las calles, y no se conocía un sistema o una lógica, sino que se imitaba lo que se veía, se aprendía a base de echarle ganas y fuerza, imaginación y coraje, sin entender exactamente qué se hacía ni por qué. Eso desarrollaba grandes cualidades, como lo son la intuición y la atención, o la espontaneidad, el no-pensar. Impedía, sin embargo, que el baile o el cante o el toque flamenco se transmitiesen bien a gente que procedía del exterior pero que quería aprender. Los flamencos, sencillamente, no tenían ni idea de cómo habían aprendido a hacer lo que sabían hacer. Lo hacían, y punto. No se habían parado a analizar o a definir.